

13.º domingo ordinario C

Vuestra vocación es la libertad: no una libertad para que se aproveche el egoísmo; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor. (Ga 5,13)



Primera lectura

1 Reyes 19,16b.19-21

En aquellos días, el Señor dijo a Elías: – Unge como profeta sucesor a Eliseo, hijo de Safat, natural de Abel-Mejolá.

Elías se marchó y encontró a Eliseo, hijo de Safat, arando, con doce yuntas en fila y él llevaba la última. Elías pasó a su lado y le echó encima su manto. Entonces Eliseo, dejando los bueyes, corrió tras Elías y le pidió: – Déjame decir adiós a mis padres; luego vuelvo y te sigo.

Elías contestó: – Ve y vuelve; ¿quién te lo impide?

Eliseo dio la vuelta, cogió la yunta de bueyes y los mató, hizo fuego con los aperos, asó la carne y ofreció de comer a su gente. Luego se levantó, marchó tras Elías y se puso a sus órdenes.

Segunda lectura

Gálatas 4,31b – 5,1.13-18

Hermanos y hermanas: Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado. Por tanto, manteneos firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud. Hermanos y hermanas, vuestra vocación es la libertad: no una libertad para que se aproveche el egoísmo; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor. Porque toda la ley se concentra en esta frase: "Amarás al prójimo como a ti mismo".

Pero, atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminaréis por destruirlos mutuamente. Yo os lo digo: andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne, pues la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal, que no hacéis lo que quisierais. Pero, si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la ley.

Evangelio

Lucas 9,51-62

Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros por delante. De camino entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: – Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?

El se volvió y les regañó. Y se marcharon a otra aldea. Mientras iban de camino, le dijo uno: – Te seguiré a donde vayas.

Jesús le respondió: – Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.

A otro le dijo: – Sígueme.

El respondió: – Déjame primero ir a enterrar a mi padre.

Le contestó: – Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios.

Otro le dijo: – Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia.

Jesús le contestó: – El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios.

Meditación

El versículo 9,51 constituye el vértice donde los temas se juntan y dividen los temas del evangelio de san Lucas. Hasta aquí ha llegado la misión en Galilea con todas sus palabras, sus signos y el mensaje de amor y de futuro. Pero el momento de las palabras ha pasado; es necesario el compromiso de la vida; por eso el evangelio añade: "Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén" (9,51). Sobre ese plano empieza la vertiente nueva. Desde ahora todo el evangelio está centrado en el camino de Jesús, que, por la muerte, le conduce a la ascensión, al Padre.

En la exigencia de volcarse totalmente al servicio de su obra, en la pobreza de hallarse solo y desvalido ante la muerte, se ha realizado el verdadero destino de Jesús, que asciende al Padre. Sobre el fondo de ese camino se desvela la misión de los discípulos. Suben con Jesús hacia la gloria del Padre (la ascensión), pero sólo si arriesgan su existencia, si es que sufren por los otros y se entregan al trabajo que Cristo ha comenzado, estarán en situación de conquistar lo nuevo.

La nota peculiar del evangelio de san Lucas consiste en haber estructurado la exigencia del trabajo de los discípulos sobre el fondo concreto del camino de Jesús hacia la muerte. Sobre ese fondo cobrará sentido el valor del seguimiento, la esperanza, la pobreza y el amor que se dirige hacia los otros. En todos estos casos (en la misma vida del cristiano) se ha venido a expansionar el gran camino de Jesús hacia la muerte.

Forma parte de la paradoja del evangelio el hecho de que los discípulos no entiendan. Comienza el auténtico camino y deberían aprender a soportar el sufrimiento, aceptando con paciencia el rechazo de los samaritanos (enemigos religiosos), que no quieren recibirles. Sin embargo, ellos caminan por la senda de Jesús sin entenderlo; sus mentes están llenas de la imagen de una apocalíptica popular y vengativa y utilizan el poder de Dios para provecho propio: piden el fuego del cielo sobre los samaritanos enemigos. La tradición del fuego que baja del cielo supone que la obra de Jesús tiene dos rasgos: destruye con el fuego el mundo viejo y crea la nueva realidad en el Espíritu.

Desde este fondo se entiende la pretensión de Juan y de Santiago. Quieren instrumentalizar el fuego del juicio de Jesús para defensa de sus propios intereses, pretendiendo que la decisión escatológica de Dios se traduzca en forma de condena o de ventaja sobre el mundo. Esta actitud persiste, al menos de forma instintiva, en una parte considerable de los creyentes. Cuando nos enfrentamos con el mal del mundo, cuando la perversión de los poderes de la tierra nos rodea, levantamos la voz interior y exigimos fuego de los cielos. Fácilmente olvidamos que el camino de Jesús es diferente; no se trata de hacer sufrir a los demás, sino de asumir de una manera salvadora el propio sufrimiento; no se trata de arrancar lo malo, sino de transformarlo por la cruz en bueno.

Ciertamente, el fuego sigue siendo un elemento del juicio de Dios; pero es un fuego que encienden los propios condenados en el momento en que prefieren su destrucción (quedarse aislados, sin la luz del evangelio). El único fuego que a nosotros se nos ha ofrecido es el de amar a los demás hasta el final, como lo ha hecho el Cristo.